

das de almogávares granadinos, que en busca de botín y prisioneros solían aventurarse hasta el interior de La Mancha, harían la permanencia en él más difícil y arriesgada. Parece que, hacia 1324, uno de estos grupos de moros pasó por Albacete y se llevó cautiva a Granada una parte, o la totalidad —no lo sabemos con certeza— de la población.

Sólo una ventaja, que de momento era más bien un inconveniente, dado lo azaroso de los tiempos y el colapso de la actividad mercantil, podía ofrecer Albacete: su emplazamiento en el llano, más cómodo que el de Chinchilla, y en el cruce de la red de caminos que unían Andalucía y la Meseta con Levante y Murcia. Condiciones inmejorables para un comercio que, por entonces, aún no acababa de recuperarse de la crisis en que Castilla entera se había hundido desde el último cuarto del siglo anterior. Factores que, sin embargo, iban a facilitar el desarrollo de la humilde aldehuela, tan pronto como cambiara la coyuntura regional, de la mano de la ingente obra reformadora emprendida por el entonces señor de Villena, don Juan Manuel, dueño también de Chinchilla —y por lo tanto, de Albacete— y de otros muchos pueblos en la Mancha de Albacete, Cuenca y sus aledaños.

Paradójicamente, mientras Castilla veía llegar los que Valdeón Baroque ha llamado «días de miseria», se desangraba en luchas civiles y en conflictos exteriores, y perdía población, las tierras de don Juan Manuel fueron recobrando lentamente un pulso nunca muy firme, casi perdido tiempo antes, y muchos de sus pueblos alcanzaron un grado de poblamiento y vigor que, sin ser ni mucho menos óptimos todavía, mejoraban muy a las claras la situación que habían conocido a lo largo de toda la centuria anterior. Bajo el impulso del señor nacieron pueblas; se amplió la cabaña ganadera y se extendieron los cultivos de secano y regadío, gracias a los repartimientos de tierras efectuados entre los nuevos pobladores y la realización de obras públicas que permitían llevar de un sitio a otro el agua sobrante; se levantaron castillos y murallas en ruinas; y tuvo lugar una notable expansión del régimen municipal. El resultado fue un modesto, pero espectacular en aquellos momentos de general decadencia, renacimiento del comercio regional, que se orientaría preferentemente hacia el reino de Valencia, protegido por los viejos privilegios que muchas localidades de este señorío fronterizo disfrutaban, y que les permitían traficar libremente con el país vecino sin pagar impuestos de aduana, almojarifazgo ni diezmo.

Además de la ocupación y puesta en producción de vastos espacios vacíos, interesaba al señor, por razones tanto económicas como estratégicas, el controlar la arteria comercial que, a través de